

ASENTAMIENTOS, PETROGLIFOS Y PAISAJES PREHISPÁNICOS EN EL VALLE DE ILLAPEL (CHILE)

Andrés Troncoso Meléndez

“La Mente deja penetrar la luz; luego la oscuridad; ambas interactúan; de ese modo se genera el tiempo. Al final la Mente concede la victoria a la luz; el tiempo cesa y la mente culmina” (Sivainvi, Philip K. Dick).

RESUMEN

En el presente trabajo se adelanta un modelo relativo a las tecnologías de construcción social del espacio durante la prehistoria del valle de Illapel, IV región, Chile. Tomando como unidad de análisis el asentamiento, se discute las diversas formas que ha tenido el paisaje en su historia humana, para, posteriormente, centrarse en el rol de una específica estación de arte rupestre en la organización y semantización del espacio. En este último punto se elabora una interpretación que toma como herramienta analítica el concepto de heterotopía propuesto por Michel Foucault.

ABSTRACT

The archaeological investigation realized in the Illapel valley, IV region, Chile, centred in the study of archaeological sites from the viewpoint of settlement, have permitted made a first approach to the social building of space. In this paper, we discuss both the different configuration of prehispanic landscapes in Illapel valley as the relationship between an exclusive rock art settlement and the organization and semantization of prehistoric space. In this point, we have used the Foucaultian concept of heterotopy as interpretative tool.

PALABRAS CLAVE

Construcción social del espacio. Paisaje. Illapel. Asentamiento. Arte rupestre. Petroglifos. Heterotopía.

KEYWORDS

Social building of space. Landscape. Illapel. Settlement. Rock art. Petroglyphs. Heterotopy.

El escenario natural

El valle del río *Illapel* se encuentra ubicado en el límite sureste del Norte Chico semiárido de Chile, correspondiendo a una zona de transición geográfica y climática entre la aridez absoluta del Norte Grande y el clima mediterráneo de la región de Santiago (Fig. 1).

Este es un valle transversal de orientación E-W caracterizado por presentar un relieve montañoso irregular, en el cual la Cordillera de Los Andes y de la Costa forman un solo bloque articulado. De entre sus unidades morfoestructurales es posible destacar el sector de media montaña, consistente en un conjunto de cadenas desordenadas en disposición individual que conforman cumbres de entre 1.000 y 3.000 m de altitud (Paskoff 1993); el área de alta montaña caracterizada por un relieve juvenil y un ancho promedio de 20 a 45 km y el valle transversal con condiciones aptas para el asentamiento humano y la agricultura¹.

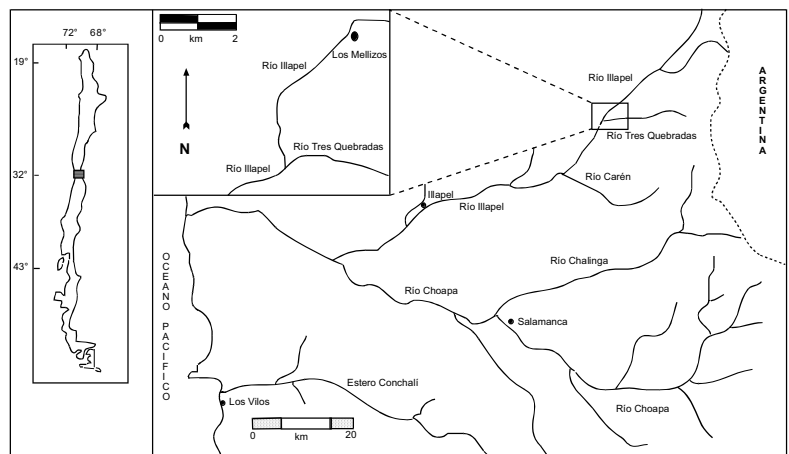


Figura 1. Mapa del área del estudio.

El *Illapel* es un valle ancho y profundo, con un notorio ensanche en su curso medio-inferior. Su modelado responde principalmente a *“la presencia de conos de deyección construidos por las quebradas afluentes que en ciertos casos han actuado como barreras en el valle principal”* (Paskoff 1993: 6).

La conjunción de las mencionadas características y unidades morfoestructurales originan un espacio heterogéneo con diversidad de entornos y sectores que permiten una ocupación y utilización diferencial del valle por parte de las poblaciones humanas (Fig. 2).

Hidrológicamente, el río *Illapel* posee un desarrollo de 82 km y una extensión de 2.100 m². Es

¹ Por ser esta la zona más angosta de Chile, con tan sólo una extensión de 90 km E-W, los más altos cerros andinos se encuentran en territorio argentino, generándose pasos cordilleranos que se sitúan entre 3.700 y 4.700 m de altitud (Paskoff 1993).

considerado un río andino caracterizado por un "escurrimiento permanente aunque de gran variabilidad anual y cíclica" (Niemeyer y Cereceda 1984: 17). En cuanto río andino, su nacimiento se encuentra en la alta cordillera andina, producto de la confluencia de un conjunto de pequeños esteros y, si bien durante su recorrido recibe alimentación de múltiples quebradas intermitentes, sus principales afluentes corresponden a los ríos Tres Quebradas y Carén, localizados en el curso superior y medio del valle respectivamente.



Figura 2. Vista del curso superior del Valle del Río Illapel.

El clima semidesértico presente en el área, ocasionando temporadas estivales regidas por una escasa presencia de agua y pastizales, ha producido desde tempranas épocas prehispánicas el movimiento de animales y poblaciones humanas hacia los valles interandinos de San Juan, localizados en Argentina (Gambier 1976, 1993). Estos corresponden a valles localizados entre los 2.600 m y 3.800 m de altitud con un clima óptimo para la vida durante el verano. Las lluvias son excepcionales. Registran temperaturas de hasta 26°C de media máxima y las mínimas descienden hasta 14°C (Gambier 1976: 519).

En estos parajes la cubierta vegetal durante el verano se encuentra asegurada producto de ser valles de abundante precipitación sólida invernal, por lo que la superficie del suelo acumula varios metros de nieve durante tal época,

"A la llegada del verano esta nieve se licúa y el agua se desplaza hacia los cauces naturales excepto la que ha sido absorbida por los suelos que está en proporción con la nieve precipitada y la pendiente de los terrenos. Concomitante con este proceso las semillas de los pastos enterradas durante el proceso anterior germinan y desarrollan pasturas cuya duración y vitalidad está en dependencia de la cantidad de nieve caída y de la humedad acumulada en el sitio. De este modo se generan las veranadas con

pasturas que varían en cantidad y calidad de los diferentes valles interandinos con las precipitaciones y el relieve" (Gambier 1993: 13).

Estas pasturas constituyen verdaderas reservas de forraje para los animales domésticos, los cuales son llevados por los actuales pastores a la zona durante la época estival, paliando de esta forma, la escasez de pastos en el valle de Illapel durante el verano. Las favorables condiciones de los suelos también permite la realización de una agricultura a pequeña escala (Gambier 1976).

La Arqueología del Valle de Illapel

Las investigaciones arqueológicas realizadas en el valle de Illapel desde 1995 a la fecha, enmarcadas en el contexto de los proyectos FONDECYT N° 1950012 y 1980248, han permitido elaborar una secuencia cronológica-cultural para las poblaciones prehispánicas del área, generando, a su vez, una batería de datos que entregan un valioso aporte para el conocimiento de los grupos indígenas locales (Becker et al. 1997, González 1997, Rodríguez et al. 1997a, 1997b, Troncoso 1998a, 1998b, 1998c, Troncoso y Rodríguez 1997), paliando la situación de desinformación previamente existente.

En tal sentido, el conjunto de trabajos allí realizados, que abarcan desde una intensiva y extensiva prospección del área hasta la excavación sistemática de más de una veintena de sitios arqueológicos de todos los períodos culturales, junto con aportar en los tópicos ya descritos, han permitido realizar un primer acercamiento al estudio del proceso de construcción social del espacio, centrándonos específicamente en el estudio de las tecnologías de construcción del paisaje² (Troncoso 1998a, 1998c).

Con el objetivo de contextualizar el tema de estudio, en el presente apartado entregaremos una sucinta síntesis sobre la prehistoria del área definiendo para cada momento las características que adopta el proceso de construcción social del espacio. En este punto es importante señalar que el modelo a presentar es de carácter más bien general y no se encuentra siquiera medianamente definido para gran parte de la prehistoria local, por lo que es más bien el producto de una primera aproximación a la Arqueología del Paisaje de

² Por tecnologías de construcción social del espacio adaptamos la noción de Foucault (1990), entendiéndola como los dispositivos, tanto de tipo material como ideacional, utilizado por las poblaciones prehispánicas para la generación de un paisaje. Obviamente, tales dispositivos son corcondantes con una determinada racionalidad cultural y expresiones de una específica forma de estar-en-el-mundo.

la región, aproximación que esperamos complementar y afinar con nuevos y mejores estudios.

Metodológicamente, todo el análisis espacial se ha realizado a partir de la definición de la categoría de asentamiento como unidad mínima de estudio³. El estudio del arte rupestre local ha seguido semejante lógica, sin que de momento se hayan realizado investigaciones específicas sobre la decoración interna de los paneles. La potencialidad de este enfoque metodológico se fundamenta en concebir al arte rupestre como una expresión material que adquiere parte de su eficacia simbólica y significado a partir de su disposición diferencial en un espacio substantivo, respondiendo el emplazamiento del petroglifo a una específica forma de ocupación y conceptualización del espacio y la naturaleza circundante.

Período Paleoindio (11.000 a. C.? - 8.000 a. C.)

Corresponde a las primeras poblaciones humanas asentadas en la zona durante épocas pleistocénicas. La nula presencia de evidencia en el área de estudio impide generar cualquier tipo de hipótesis de trabajo relativa a las tecnologías de construcción social del espacio.

Período Arcaico (8.000 a. C.- 0)

Se encuentra definido por el registro de poblaciones cazadoras-recolectoras post-pleistocénicas con un alto grado de movilidad estacional entre diferentes pisos altitudinales que cubren desde la costa Pacífica hasta los valles interandinos de San Juan. Durante este período se observa un importante flujo de procesos relacionados con la maritimización, un hipotético inicio de domesticación de plantas y, posiblemente, de animales por parte de estos grupos.

Las evidencias arqueológicas manejadas para este período sugieren una escasa presencia de asentamientos humanos al interior del valle de *Illapel*, situación contrastante con la realidad existente en la aldea costa de *Los Vilos* y los valles interandinos de San Juan, donde se ha identificado una importante y constante ocupación por grupos Arcaicos (Jackson 1997, Jackson et al. 1995, 1997-1998; Gambier 1969, 1976, 1993). Tal realidad permite sugerir que el valle de *Illapel* habría sido solamente un lugar de tránsito dentro de los circuitos de movilidad estacional que unen costa y cordillera, correspondiendo los sitios aquí registrados básicamente a pequeños campamentos de paso⁴, generándose, por tanto, un paisaje

definido a partir de puntos y líneas de movimientos, tal como ha sido sugerido por Ingold (1987), para grupos cazadores recolectores basados en un sistema de apropiación del espacio no-territorial.

No obstante, es posible pensar que durante este tiempo se comienzan a substantivizar determinados espacios relacionados con la movilidad de las poblaciones; sin embargo, la actitud pasiva hacia la naturaleza no habrían traducido tal semantización a la creación de un monumento artificial que perdurase en el tiempo.



Figura 3. Panel de arte rupestre del sitio Los Mellizos con motivos del período Alfarero Temprano.

La escasa evidencia existente nos frena al intentar realizar cualquier aseveración relativa a la forma en que la concepción de paisaje fue modificada durante este extenso período cultural, germinando en sus momentos finales alguna nueva forma de pensamiento más cercana a la situación existente en el siguiente período.

Período Alfarero Temprano (0 - 900 d. C.)

El Período Alfarero Temprano marca un importante quiebre en el desarrollo prehispánico del área. La aparición de cerámica, un sistema económico relacionado con una horticultura a pequeña escala y aprovechamiento del Guanaco (*Lama guanicoe*) y la posible existencia de asentamientos nucleados sugieren una nueva forma fenoménica de existencia, completamente diferente de lo existente hasta ese momento y que define la generación de un espacio marcado por la actividad cultural y su inscripción diferencial en el entorno.

Tal vez el rasgo más importante de este nuevo sistema de pensamiento se basa en la construcción y articulación de un espacio a partir de la

³ Por asentamiento adoptamos la definición acuñada por Chang (1983).

⁴ Los contactos con la costa se encuentran registrados por los hallazgos de restos malacológicos del Pacífico

tanto en la cordillera de Illapel (Castillo 1991) como en los contextos fúnebres y habitacionales trabajados en el área transandina (Gambier 1969, 1976, 1993).

abstracta inscripción monumental de los petroglifos, los cuales se dispersan por los diferentes sectores ocupados por estas poblaciones creando un espacio marcado por la lógica simbólica y monumentalizadora de la cultura (Fig. 3).



Figura 4. Panel del sitio Los Mellizos con figuras humanas.

El entender la aparición del arte rupestre como producto de una nueva forma de estar-en-el-mundo, implica la existencia de nuevas maneras de conceptualizar el espacio, el tiempo y nuevas formas de relaciones sociales. En tal sentido, la ampliación de las redes sociales durante este período de la historia local conllevó un cambio en las formas de relaciones sociales, donde la interacción cara a cara se vio despotenciada por un aumento poblacional⁵ y por la ampliación en el uso del espacio local. Se comenzaron a ocupar múltiples espacios anteriormente no utilizados. La aparición del arte rupestre, puede por tanto, ser entendida, entre muchas otras cosas, como la plasmación de una nueva forma de pensamiento que materializa un mecanismo en el espacio que facilita la comunicación y el intercambio de información entre los diferentes grupos habitantes del sector⁶, información codificada y expuesta en

⁵ Este aumento poblacional es observable en la mayor cantidad de cementerios y sitios habitacionales de esta época por sobre aquellos de tiempos Arcaicos.

⁶ En forma acertada, Ingold (1987) ha sugerido que las conductas territoriales requieren de formas de comunicación que permitan la interacción entre grupos que no poseen sistemas de interacción cara a cara. Asimismo, Gamble (1998) ha llamado a esto la liberación de la proximidad, generada a partir de la ampliación de los espacios, tal como se observa en nuestro caso de estudio.

el espacio a través de su exhibición a partir del panel de arte rupestre⁷.

Se contraponen esta monumentalidad de lo abstracto con la escasa visibilidad de lo cotidiano expresado en la vivienda, el asentamiento, su sinónimo por antonomasia. De hecho, las prospecciones y excavaciones sistemáticas efectuadas hasta el momento señalan una baja presencia de sitios de esta época, encontrándose de preferencia ocupaciones poco potentes, aunque algunos asentamientos importantes han sido registrados. Por ejemplo, el sitio *Loma Las Pircas* consistente en un yacimiento con estructuras circulares y un claro reflejo de la acción cotidiana en el espacio, se encuentra emplazado en un cono de deyección de difícil acceso y visibilización, más aún, si bien su naturaleza es de carácter monumental, su capacidad de ser visualizado se basa en una estrategia de ocultación de la acción social, concordante con la evidencia disponible para los otros sitios habitacionales.

La ampliación del espacio inferida para esta época y la existencia de un sistema económico de tipo hortícola, permiten sugerir la presencia de un sistema de organización espacial de tipo territorial que contribuye a la vertebración y construcción del primer paisaje agrícola en el valle de *Illapel*.

Período Intermedio Tardío (900 d. C. - 1500 d. C.)

Representado en el área por la *Cultura Diaguita Chilena*, corresponde al momento donde mejor se ha explorado el proceso de construcción social del espacio (Troncoso 1998a, 1998c). Durante este tiempo es posible pensar que las tecnologías de construcción del paisaje basan su función en la creación de una geografía de lugares que estructuran la alteración efectiva del entorno por parte de los grupos locales a partir de la exhibición de la cultura material humana, expresada, básicamente, en la disposición diferencial de los asentamientos a lo largo del espacio.

En tal sentido, a partir de su distribución espacial, las agrupaciones de asentamientos discriminadas para la zona, no solamente definen las formas de utilización del espacio, sino que también, se transforman en un recurso material para la construcción de lugares, unidad mínima de

⁷ Concordante con lo anterior, Goody (1985) ha demostrado como los cambios en los sistemas de comunicación producen importantes modificaciones en los sistemas de pensamiento de las poblaciones humanas. De ahí se observa como la monumentalización del espacio responde a un cambio de mentalidad observado en diferentes esferas sociales de los grupos del Período Alfarero Temprano.

cuya articulación se genera y vertebra el paisaje⁸ (Tilley 1994). A través de éstos, y su expresión visual representada en la estructura habitacional, se produce y reproduce un espacio cultural, de carácter significativo y relacionado con la cotidianeidad de la acción social.

A lo largo de su distribución espacial, generan un entramado marcado por la presencia de la cultura material definidora de áreas culturales, en contraposición a sectores donde se encuentra ausente la visibilización de la acción humana en términos concretos, construyendo un valle marcado por principios de presencia: ausencia o semejanza: diferencia, encargados de jerarquizar y elaborar un paisaje.

De la misma forma, en este proceso de ordenamiento del espacio, producido a partir de la disposición de las agrupaciones de asentamiento, se desprende una importante diferenciación entre curso medio-inferior y curso superior. Mientras en el primer caso, el uso del espacio se caracteriza por un fuerte uso de las terrazas fluviales y una escasa presencia de sitios arqueológicos en las quebradas interiores, en el curso superior del valle hay un bajo uso de las terrazas y un notorio asentamiento en quebradas interiores. Esta diferencia se ve acentuada en el curso superior por la asociación existente entre campamentos de tareas localizados en quebradas y petroglifos (Fig. 5), donde se ha pensado que el arte rupestre está jugando un decisivo rol en la definición de esta zona por parte de los grupos *Diaguita* (Troncoso 1998b), marcando áreas relacionadas más con la construcción de un espacio, la culturización de un territorio, que con la generación de un lugar para la cotidianeidad.

Por tanto, el elemento básico de este proceso correspondió a la construcción diferencial del espacio, por medio del cual el valle es disgregado por los grupos *Diaguita* generando distintas maneras de abordarlo a partir de esta categorización inicial, originando paisajes disímiles en cuanto a la presencia y relaciones de sus unidades constituyentes, unidades tanto de carácter natural como cultural.

Por otro lado, y con respecto a las estrategias de visibilidad (Criado 1993), la acción destructiva de las actividades agrícolas desarrolladas en el valle de *Illapel*, desde hace unos cuantos siglos a la fecha, han producido una total desaparición de cualquier evidencia relativa a la presencia de estructuras construidas por sus antiguos habitantes. Sin embargo, algunos avances son posibles de realizar a partir de la conjugación de los datos manejados.

En tal sentido, hemos definido las estrategias de visibilización *Diaguita* a partir de la combinación de una fuerte tendencia a la exhibición y una escasa elaboración de monumentos ambiguos. El primer caso estaría siendo representado por las estructuras habitacionales, mientras que el segundo correspondería a los petroglifos.

Las investigaciones realizadas hasta la actualidad en sectores mayormente no disturbados, como conos de deyección y quebradas interiores, sugiere la ausencia de estructuras notables con una alta perduración en el tiempo. Más bien, ellas corresponderían a construcciones de corta vida, probablemente, incluso de menor duración que el ciclo vital humano.

A través de tales estrategias, la acción social, y sus productos, se proyectan espacial y visualmente en el paisaje. No obstante, tal proyección se restringe a un determinado y acotado segmento temporal, sin intenciones de poseer una amplia extensión cronológica que permita su continuación indefinida en el espacio.



Figura 5. Petroglifo de la quebrada de Las Burras asociado a sitio de la Cultura *Diaguita*.

Por otro lado, y considerando las características espaciales de la dispersión de los asentamiento y la presencia de un sistema económico, al menos, de tipo hortícola, es posible pensar que durante este momento de la prehistoria del valle de *Illapel*, las estrategias de apropiación del espacio se basaron en el desarrollo de una reclamación efectiva de los derechos sobre la tierra por parte de las poblaciones *Diaguita*. El hecho que, por un lado, los sistemas de asentamiento se encuentren definiendo áreas de ocupación humana, dispersándose los sitios por amplias extensiones de terreno, y que, por otro, la economía indígena tenga parte de sus fundamentos en las prácticas hortícolas, permiten suponer que la partición del territorio de acuerdo a criterios organizativos y/o económicos sea factible, originando en el valle un espacio cerrado, es decir, un territorio. Sin em-

⁸ "Geographical experiences being in places, reaches out to others through spaces, and creates landscapes or regions for human existence" (Tilley 1994: 15).

bargo, este territorio no debe ser conceptualizado en términos capitalistas, sino que por el contrario, responde a una lógica cultural diferente a la nuestra, donde si bien la tierra se transforma en un instrumento de producción importante, “la unidad económica no es la parcela o predio sino la familia, cuyos miembros participan en los procesos agrícolas que se dan en las unidades de producción” (Hernández 1993-1994: 186).

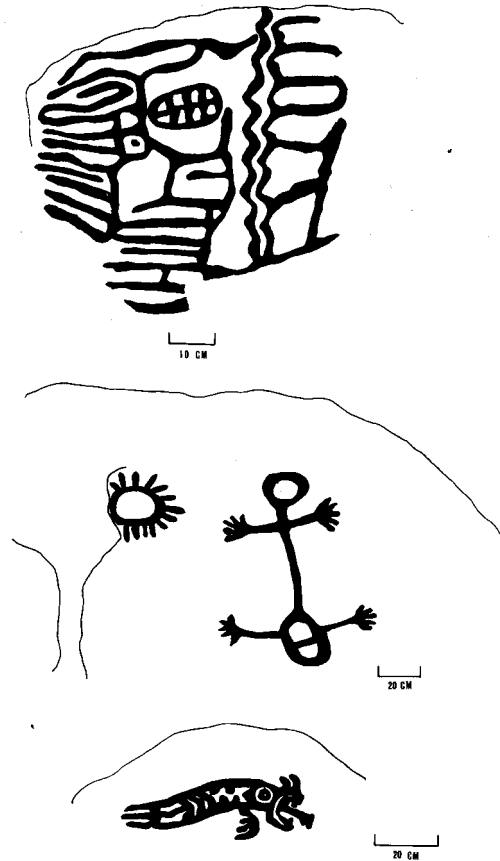


Figura 6. Petroglifos del sitio *Los Mellizos*.

En tal sentido, por tanto, la generación de un paisaje se basó en un concepto territorial cerrado donde, si bien puede no haberse llegado a desarrollar una concepción de tenencia de tierra, la base se encontraría en una conducta territorial desdoblada en un sistema de comunicación que permitiese un correcto desenvolvimiento del sistema, rol que podrían haber asumido los asentamientos en cuanto unidades demarcadoras de espacio.

La alteración del entorno, entonces, se hizo efectiva desde el mismo momento en que se comenzó a practicar una economía de carácter agrícola, caracterizada por la creación de un quiebre del espacio natural al desconectar las diversas unidades constituyentes por medio de la limpieza y alteración de un terreno (Ingold 1987). Tal producto de la acción social, tendría su contraparte en los resultados de la actividad cotidiana, marcada por una fuerte estrategia de exhibición.

Sin embargo, y aunque la alteración de la naturaleza se hace efectiva, ésta no adquiere un carácter destructor, sino más bien, se encuentra regida por una mentalidad que, si bien altera el entorno, mantiene en funcionamiento el orden impuesto por la naturaleza, generando transformaciones que, al parecer, no conllevan un quiebre rotundo en las relaciones sociales establecidas entre los hombres y la naturaleza.

Arte Rupestre del Valle de Illapel

El arte rupestre, en su variedad de petroglifo, es sin lugar a dudas una de las evidencias arqueológicas más frecuente en el valle de *Illapel*, registrándose de momento más de una cincuenta de sitios de arte rupestre, consistente generalmente en uno o un par de paneles de grabados sin una directa asociación con otro tipo de restos prehistóricos.



Figura 7. Detalle de figura zoomorfa del sitio *Los Mellizos*.

Los estudios realizados sobre el arte rupestre local (Ballereau y Niemeyer 1998; Castillo 1991, Toro 1996, Valdivieso 1985) han señalado la existencia de dos estilos artísticos. Predomina el estilo *Limarí*, caracterizado en el área de estudio por la presencia de máscaras, rectángulos con lados curvos, ocasionalmente rellenos con campos ajedrezados; camélidos en diferentes escenas, círculos aglutinados a manera de nidos y diversos tipos de figuras humanas (Ballereau y Niemeyer, 1998, Castillo 1985, 1991, Mostny y Niemeyer 1983). A partir de ciertos atributos decorativos y asociación espacial con asentamientos habitacionales, Castillo (1985) ha postulado la filiación cultural de este estilo de arte rupestre al Período Alfarero Temprano⁹. El segundo, el estilo *Aconagua*, presente en el río *Illapel* a partir del hallazgo de figuras antropomorfas fitomorfizadas y *signos*

⁹ Es importante señalar que estos estudios se han realizado en áreas foráneas al valle de *Illapel* y se basan en un catastro regional del arte rupestre realizado por Castillo (1985).

escudos¹⁰, ha sido asociado con el Período Intermedio Tardío (Mostny y Niemeyer 1983).

Desde nuestra perspectiva, creemos importante comenzar a reformular la asociación cronológica del estilo *Limarí*. De hecho, es sintomático que en su definición, Castillo (1985, 1991), menciona que para el valle de *Illapel* gran parte de los petroglifos de este estilo rupestre se asocian espacialmente con sitios de la Cultura *Diaguita*, situación que hemos confirmado en nuestro caso a partir de los trabajos de prospección y excavación realizados. De hecho, en una primera aproximación a la cronología del arte rupestre, y sin negar que gran parte de los petroglifos del área corresponden a tiempos Alfareros Tempranos, es posible plantear que, junto con los mencionados **signos escudos** y figuras antropomorfas fitomorfizadas, existan iconos como los camélidos y círculos simples, o con punto concéntrico, que formen parte del bagaje cultural de ambas poblaciones, mientras que figuras como grecas y escalerados, formen más bien parte del acervo iconográfico exclusivo de la Cultura *Diaguita*, dada su presencia también en las estructuras decorativas de la cerámica.

Como ya fue señalado, gran parte de los sitios de arte rupestre del valle de *Illapel* corresponden a uno o un par de paneles de petroglifos aislados. Sin embargo, a medida que se avanza hacia el curso superior, la concentración de éstos aumenta, alcanzándose estaciones donde se han ubicado hasta una veintena de paneles, pero que en términos generales, constituyen una baja porción del total del universo local.

El sitio de Los Mellizos: Hacia una interpretación de un monumento espacial

Una situación completamente diferente se observa en el sitio *Los Mellizos*, estación de arte rupestre prehispánica donde en una extensión aproximada de terreno de 500x300 m se han registrado 97 paneles de arte rupestre, 96 de los cuales corresponden a petroglifos y uno a la única pictografía registrada en el valle hasta el momento (Toro 1996).

Espacialmente, el sitio se encuentra localizado en el curso superior del río *Illapel*, próximo a la confluencia de los ríos *Illapel* y *Tres Quebradas*

(Fig. 1). Su emplazamiento es en un pequeño cono de deyección de difícil acceso, existente al sur del cauce del río *Illapel* y opuesto a la ruta de tránsito humano, en un área estratégica para el movimiento en cuanto que en este punto convergen a lo menos diez pasos cordilleranos que llevan hacia los mencionados valles interandinos de San Juan (Castillo 1991, Gambier 1976, 1986) (Fig. 8).



Figura 8. Emplazamiento del sitio de Los Mellizos y vista de la precordillera andina.

Iconográficamente, los estudios preliminares realizados por Toro (1996) señalan una importante representación de figuras humanas y zoomorfas, destacando entre estas últimas un notorio registro de camélidos, específicamente Guanacos (*Lama guanicoe*) (Fig. 4, 11 y 7). Complementan el contexto, una serie de figuras geométricas, tales como líneas y círculos, sean estos últimos círculos simples, con apéndices o aglutinados a manera de nidos y un reducido número de **signos escudos** (Fig. 3, 6 y 9).

Los datos recuperados a partir de la caracterización inicial de los motivos rupestres, sumado a las recolecciones de material cerámico realizadas en el sitio, sugieren la presencia de dos ocupaciones humanas en el lugar. La primera, y de mayor presencia, se remonta al Período Alfarero Temprano, evidenciado tanto por los restos cerámicos con decoración incisa, clásica de este tiempo, como por el registro de abundantes motivos del Estilo *Limarí*. Una segunda ocupación se remontaría al Período Intermedio Tardío, donde junto con restos alfareros engobados rojos se observan un reducido número de **signos escudos**, propios de esta época.

Al comparar el sitio de *Los Mellizos* con el universo de estaciones de arte rupestre registradas en el valle de *Illapel*, se observa que ésta es sin dudas el sitio de mayor relevancia al interior de la localidad. El significativo número de paneles de arte rupestre, la presencia de motivos únicos y de los referentes más complejos registrados hasta

¹⁰ El signo escudo "corresponde en su forma más simple a un trapecio, a una elipse o a un trazado subrectangular, en el cual se han marcado dos diagonales. El diseño interior suele hacerse más complejo, con la introducción de puntos o pequeños círculos entre los sectores separados por las diagonales. En otras ocasiones dos de estos segmentos opuestos por el vértice se hacen de cuerpo lleno, o un signo escudo va dentro de otro más grande" (Mostny y Niemeyer 1983: 66).

ahora en el valle, aíslan y diferencian a éste del resto de los yacimientos con arte rupestre de todo el valle de *Illapel*.



Figura 9. Conjunto de soportes con grabados del sitio Los Mellizos.

Considerando los antecedentes previamente entregados creemos posible esbozar una interpretación del sitio a partir del concepto de heterotopía, definido por Foucault (1986), como un no-lugar, un asentamiento que a pesar de tener un emplazamiento definido y en relación con otros asentamientos, se diferencia y distancia, convirtiéndose en un lugar absolutamente distinto a todos los otros, generando una ruptura en el espacio y la vida ordinaria.

Arqueológicamente, creemos posible observar la presencia de heterotopías a partir de una mirada contextual que tenga como supuestos básicos: la existencia de este tipo de lugares (asentamientos) en todas las culturas y tiempos, hecho ya señalado por Foucault (1986), y que, en cuanto la construcción social de la realidad debe ser coherente con un determinado aparato material que haga efectiva tal forma de saber-poder, la cultura material se transforma en un artefacto manipulable que permite a partir de su disposición diferencial la demarcación y construcción de espacios-otros que generan una forma específica de experimentar el mundo¹¹.

¹¹ "El modo de producción o las relaciones que los individuos adquieren en el proceso de producción y reproducción de su vida material, constituye la estructura secreta de toda sociedad pero no la agota, pues en su dinámica se debe establecer un diálogo permanente con el imaginario práctico que la representa, la distorsiona e incluso niega en períodos de crisis social. Este diálogo se desarrolla en el cotidiano del acontecimiento, allí donde se despliegan los actos y los discursos, los objetos y las instalaciones, allí donde la realidad es creada no sólo para conservarla o glorificarla, sino también para transformarla" (Gallardo 1998: 40.)

En nuestro caso, el carácter heterotópico de *Los Mellizos* se define tanto por su cultura material como por su ubicación espacial. En el primer caso, el abundante número de paneles existentes y su riqueza iconográfica diferencian y alejan a este lugar de todo lo conocido para el valle. En el caso de la variable espacial, la ubicación del sitio próximo a la confluencia de los ríos *Illapel* y *Tres Quebradas* sugiere una intención de demarcación de tal lugar, correspondiente a un área de gran importancia para las poblaciones prehispánicas del área, pues, por un lado, el sector de la confluencia de los ríos *Illapel* y *Tres Quebradas* corresponde al último lugar del valle donde éste se encuentra como tal. A partir de la mencionada confluencia, el *Illapel* se transforma en una pequeña quebrada cordillerana no apta para el asentamiento permanente. Mientras que por otro lado, desde este mismo punto surge una decena de rutas naturales que permiten el tránsito de las poblaciones humanas hacia los mencionados valles interandinos de San Juan (Castillo 1991).

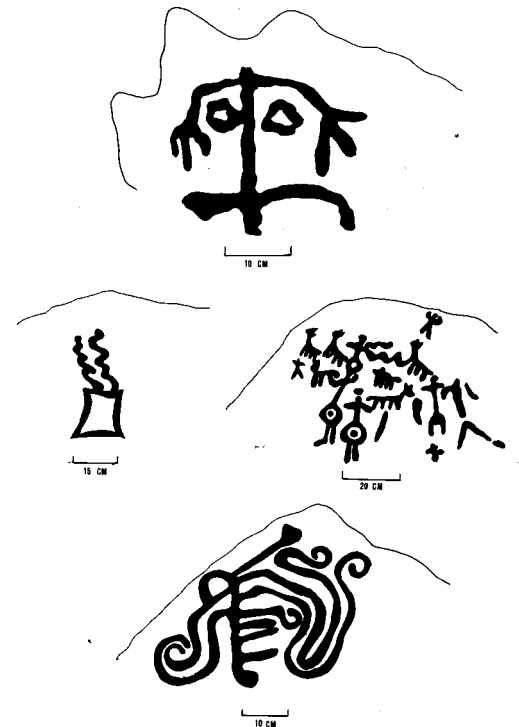


Figura 10. Petroglifos del sitio *Los Mellizos*.

De esta forma, a través de una inscripción monumental, *Los Mellizos* está marcando un área específica del valle, definiendo un umbral que organiza el espacio aprovechando un abrupto cambio en la morfología del entorno local y que estructura el valle a partir de una dicotomía básica entre valle: precordillera, dicotomía que, en última instancia, hace referencia a una oposición aún más elemental entre asentamiento permanente: asentamiento estacional, a la vez que define un lugar estratégico para la movilidad humana hacia tierras altas.

A través de las mencionadas características, los Mellizos cumple dos de los rasgos de las heterotopías consistentes en yuxtaponer en un solo lugar diversos espacios (valle: precordillera), así como en funcionar a manera de instancia organizadora y constructora del espacio, creando lugares otros que demarcan un espacio real. De hecho, su asociación espacial con una importante montaña aledaña, permite que este lugar sea fácilmente reconocible desde sectores muy lejanos, conformándose en un hito demarcador de este espacio finito y específico.

Un último rasgo constitutivo de las heterotopías espaciales, y también presentes en el sitio, hace referencia al problema de la accesibilidad. Foucault (1986) ha señalado que todo acceso a emplazamientos heterotópicos es restringido y selectivo, situación que volvemos a encontrar en nuestro caso. La ubicación de *Los Mellizos* en el pequeño cono de deyección le entrega un aislamiento físico del resto del espacio, dado por el curso del río *Illapel*, haciéndolo, incluso, inaccesible en épocas durante las cuales el caudal del mencionado río es demasiado alto. En tal sentido, este no-lugar desdobra su significación a partir de, por un lado, corresponder a un sector claramente observable desde la ruta de movimiento, pero, cuyo acceso se encuentra delimitado en determinadas épocas del año por la acción de un elemento natural, como lo es el río *Illapel*.

Los Mellizos, por tanto, se encuentra jugando un importante papel en el proceso de construcción social del espacio durante el período Alfareo Temprano en el valle de *Illapel*. Su localización definidora para la creación de un paisaje y el importante capital simbólico que debió manejar este sitio, dado por su naturaleza particular interpretada a partir del concepto de heterotopía, transformaron a este asentamiento en un lugar esencial del paisaje local. En este punto, es posible pensar que el amplio capital simbólico e importante rol jugado por este espacio en la organización del paisaje local se remonte al Período Arcaico, momento en que los constantes traslados hacia la vertiente oriental de la Cordillera de Los Andes hubiese producido la semantización de tan importante lugar, sin que este proceso hubiese implicado una materialización espacial de tal concepto, situación coherente con la racionalidad pasiva de tales poblaciones.

El carácter heterotópico de esta estación de arte rupestre se expresa entonces en los tres niveles esperables para un sitio rupestre: primero, a nivel espacial, dado por una ubicación en un lugar de características muy singulares, tal como es el área donde finaliza el valle y comienza la precordillera; segundo, a nivel de los paneles, pues éste es el sitio con mayor número de paneles registrados en el valle, sin que exista nada siquiera parcialmente parecido (en contraposición a los 97 paneles de este sitio, las otras estaciones abun-

dantes en paneles no superan la treintena de éstos) y tercero, a nivel de los referentes, ya que a pesar de compartir un conjunto de motivos rupestres con otras estaciones, el sitio *Los Mellizos* presenta una serie de referentes únicos a todo el valle; situación que se une a la presencia de motivos extremadamente complejos en su diseño y elaboración (p. ej.: Fig. 7 y 10).



Figura 11. Grabados antropomorfos del sitio Los Mellizos.

Este carácter heterotópico del sitio de *Los Mellizos* se acentúa aún más al considerar su papel como referente espacial para la construcción y dicotomización del espacio del valle. Leach (1978 [1976]) considera que la construcción social del espacio necesita en todas las culturas un límite que demarque áreas y sectores, límites que deben ser materialmente reconocibles para que sean simbólicamente eficaces. Aquellos puntos espaciales que demarcan el quiebre entre dos espacios substantivos, como es en este caso entre valle y precordillera, se transforman por sus propias cualidades en espacios sagrados, espacios sagrados que fundan su capital simbólico en su ubicación en un espacio liminal que no es más que la entrada y salida entre dos mundos, o en sus palabras, "este mundo y el otro mundo se conciben aquí como espacios topográficos distintos, separados por una forma liminal que participa de la cualidad de ambos" (Leach 1978 [1976]: 112), y, que en definitiva, no son más que heterotopías.

Sin adentrarnos en la idea de este mundo y otro mundo propuesta por el autor, es completamente concebible que el sitio de *Los Mellizos* no sólo sea un espacio heterotópico, sino que también es un punto topográfico, fácilmente visible desde la distancia, que adquiere su ritualidad a partir de su presencia material como lugar tangible que marca los límites de un espacio cultural, dividiendo el paisaje del área en una serie de posibles opuestos binarios de teórica importancia para la vida de estas poblaciones: asentamiento permanente-asentamiento semipermanente, se-

dentarismo-nomadismo, agricultura-recolección, valle-precordillera; todas dicotomías que no hacen más que referenciar a la principal dicotomía subyacente bajo todas estas oposiciones, espacio doméstico-espacio salvaje (Fig. 13). Las implicancias de esta última dicotomía son extremadamente significativas, pues es a partir de esta oposición básica a los grupos con una economía agrícola que pensamos se define su acercamiento a la naturaleza y culturización del espacio.

Es entonces Los Mellizos un espacio-otro, un lugar liminal, que a partir de su posicionamiento y materialidad construye una geografía cultural, organizando un mundo físico, adquiriendo en este evento una sacralidad tal que lo hace constituirse en uno de los principales puntos culturales del paisaje del Período Alfarero Temprano en el valle de Illapel.

La reocupación de este monumento durante tiempos Alfareros Tardíos refrendaría lo anterior, por cuanto y a pesar de encontrarnos frente a dos formas diferentes de estar-en-el-mundo, este espacio mantendría su valor simbólico y ritualidad, existiendo un reconocimiento consciente del importante capital simbólico manejado por este sitio, dado tanto por su privilegiada ubicación espacial como por el importante número de grabados rupestres de épocas anteriores.



Figura 12. Detalle del emplazamiento del sitio Los Mellizos, en primer término grabados antropomorfos.

Asimismo, el proceso de reutilización del espacio se enmarcaría dentro de una estrategia de reocupación del sitio, probablemente relacionado con algunos aspectos ideológicos aún no desvelados por estas poblaciones¹². Al respecto, existe un conjunto de evidencia antropológica y etnográfica que sugiere que la reocupación de anti-

guos asentamientos de importante capital simbólico se relacionaría con un proceso de legitimación y arraigamiento de una serie de conceptos dentro de una profunda malla temporal¹³ (Bloch 1977, Bradley 1987, 1991, Kelly y Kaplan 1990).

Siguiendo a Bloch (1977), estas reocupaciones forman parte de un sistema de comunicación ritual relacionado con la presencia del pasado en el presente, orientado a generar un modelo imaginario y estático de la sociedad, donde determinados conceptos se jerarquizan y son puestos en valor, exhibiendo en forma teatral la estructura social del grupo humano como algo estático, ajeno a la historia y al devenir del tiempo, estableciéndose una antigüedad "en lo absoluto, puesto que se remonta a los orígenes del mundo y esta continuidad no admite, ni orientación, ni grado" (Levi-Strauss 1994: 342).

La ritualidad de este espacio, y su materialización a partir de una estación de arte rupestre, adquiriría mayor relevancia si consideramos las características de la llamada cosmovisión andina, donde cerros y nacimientos de cursos de agua se transforman en importantes deidades naturales (p. e. Harris y Bouysse 1989, Mariscotti 1978, Reinhard 1983)¹⁴. En tal sentido, la asociación de ambos significantes con el concepto de fertilidad permitiría entrever la importancia simbólica que habría tenido este espacio dentro de una cosmovisión andina, situación que reforzaría una reocupación de un monumento pasado tan importante como el existente en el sitio *Los Mellizos*.

A partir de este nuevo proceso de inscripción material y semantización, el paisaje del curso superior del valle de *Illapel* adquiere una nueva significación que, en sus fundamentos, se enraiza y traspasa aquel entramado simbólico pretérito, quedando el monumento arqueológico como una muda evocación de un tiempo distante y paisajes diferentes, paisajes que ahora comienzan a ser nuevamente interpretados por un nuevo sistema de saber, diferente a aquel que originó tal expres-

¹³ En Andinoamérica tal vez el caso más excepcional al respecto se da durante tiempos Incas, cuando la elite gobernante asocia sus orígenes con el imponente sitio de *Tiahuanaco* en el lago *Titicaca*, núcleo en el cual germinó y se expandió una importante cultura prehispánica durante el Período Medio.

¹⁴ Aunque en otras ocasiones hemos expresado nuestra negativa a la aplicación acrítica de la metáfora andina a todas las culturas prehispánicas del área (Troncoso 1998a), no negamos la pertenencia de la Cultura *Diaguita* a este mundo, por lo que algunos conceptos generales pueden ser aplicados a manera de herramientas interpretativas que permitan una mejor comprensión del fenómeno analizado. Al respecto, los trabajos de Latham (1926, 1928), Castillo (1992) y González (1995) presentan una significativa evidencia de la presencia de elementos estructurantes andinos al interior de la cosmovisión *Diaguita*.

¹² Este interés por tiempos pasados por parte de los grupos *Diaguita* se observa en la reutilización de adornos del Período Alfarero Temprano.

sión arqueológica, y a partir del cual se rescatan algunas de las significaciones del espacio pretérito, sin llegar a lograr comprender a cabalidad la lógica de aquel espacio otro y, por el contrario, originando un nuevo discurso espacial que se erige como un nuevo momento en la historia del paisaje local, rescatando parte de su riqueza pretérita, sumando parte de nuestro sistema de saber.

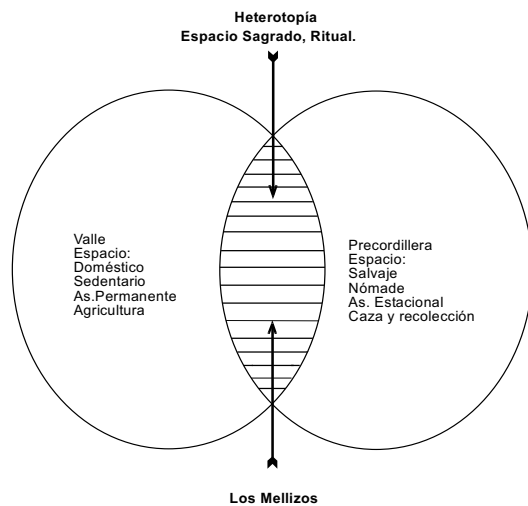


Figura 13: Diagrama interpretativo del sitio Los Mellizos.

Agradecimientos

A Camila Gianotti, por su invitación a formar parte de este volumen; a Lolo Santos, por sus comentarios críticos y buena disposición; a Suso Amado, por sus recomendaciones finales y la ayuda gráfica; a Francisco Gallardo, por sus recomendaciones bibliográficas para complementar la interpretación de Los Mellizos, a Daniel Pavlovic, por una nueva revisión; a Felipe Criado, por sus enseñanzas y a mis amig@s del Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, por todo y aún más.

Bibliografía

Ballereau, D.; Niemeyer, H. 1998. Los sitios rupestres de la cuenca alta del río Illapel (Norte Chico, Chile). *Chungara* 28 (1-2): 319-52.

Becker, C.; Rodríguez, J.; González, P.; Solé, L.; Troncoso, A. 1997. Enterratorios Diaguita en la cuenca del río Illapel. En *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. (e. p.).

Bloch, M. 1977. The past and the present in the present. *MAN* 12 (2): 278-292.

Bradley, R. 1987. Time regained: the creation of continuity. *Journal of the British Archaeological Association* CXL: 1-17.

Bradley, R. 1991. Ritual, time and history. *World Archaeology* 23(2): 209-219.

Castillo, G. 1985. Revisión del arte rupestre Molle. En *Estudios en arte rupestre. Primeras jornadas de Arte y Arqueología*, pp: 173-194. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.

Castillo, G. 1991. *Desarrollo prehispánico en la hoya hidrográfica del río Choapa*. Ms. La Serena: Museo Arqueológico de La Serena.

Castillo, G. 1992. Evidencias sobre uso de narcóticos en el norte semiárido chileno: catastro regional. *Contribución Arqueológica* 4: 105-60.

Criado, F. 1993. Visibilidad e interpretación del registro arqueológico. *Trabajos de Prehistoria* 50: 39-56.

Chang, K. 1983. *Nuevas perspectivas en arqueología*. Madrid: Alianza, (Random House, 1967).

Foucault, M. 1986. Of other spaces. *Diacritics* 16 (1): 22-27.

Foucault, M. 1990. *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós, (Amherst: University of Massachusetts Press, 1988).

Gallardo, F. 1998. Arte, arqueología social y marxismo: comentarios y perspectivas (parte I). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 26: 37-41.

Gallardo, F. 1999. Arte, arqueología social y marxismo: comentarios y perspectivas (parte II). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 27: 33-43.

Gambier, M. 1969. Excavaciones en los morrillos de Ansilta. Trabajos preliminares. En *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología*, pp: 389-395.

Gambier, M. 1976. Ecología y Arqueología de los Andes centrales Argentino - Chilenos. *Publicaciones de la Universidad Nacional de San Juan* 3: 1-17.

Gambier, M. 1986. Los valles interandinos o veranadas de la alta cordillera de San Juan y sus ocupantes: los pastores chilenos. *Publicaciones de la Universidad Nacional de San Juan* 15: 1-32.

Gambier, M. 1993. *Prehistoria de San Juan*. San Juan: Editorial Fundación Universidad Nacional de San Juan.

Gamble, C. 1998. Paleolithic society and the release from proximity: a network approach to intimate relations. *World Archaeology* 29 (3): 426-49.

González, P. 1995. *Diseños cerámicos de la fase Diaguita-Inca: estructura, simbolismo, color y relaciones culturales*. Memoria para optar al título de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad de Chile. Santiago.

- González, P. 1997. Patrones decorativos de las culturas agroalfareras de la Provincia del Choapa y su relación con los desarrollos culturales de las áreas aledañas (norte chico y Chile central). En *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (e. p.).
- Goody, J. 1985. *La domesticación del pensamiento salvaje*. Madrid: Akal, (Cambridge University Press 1977).
- Harris, O.; Bouysse, T. 1989. Pacha, en torno al pensamiento Aymara. En X. Albo (ed.), *Raíces de América, el mundo Aymara*, pp: 217-75. Madrid: Alianza.
- Hernández, R. 1993-94. Teorías sobre el campesinado en América Latina: una evaluación crítica. *Revista Chilena de Antropología* 12: 179-200.
- Ingold, T. 1987. *The appropriation of nature: essays on human ecology and social relations*. University of Iowa Press.
- Jackson, D. 1997. Coexistencia e interacción cultural de comunidades de cazadores recolectores en el arcaico semiárido. *Valles* 3: 13-36.
- Jackson, D.; Báez, P.; Seguel, R. 1997-1998. Nuevas evidencias estratigráficas para el Complejo Huentelauquén en la Provincia del Choapa, IV región. *Revista Chilena de Antropología* 14: 145-56.
- Jackson, D.; Báez, P.; Vargas, L. 1995. Secuencia ocupacional y adaptaciones durante el arcaico en la Comuna de Los Vilos, Provincia del Choapa. En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, tomo I: 99-110.
- Kelly, J.; Kaplan, M. 1990. History, structure and ritual. *Annual Review of Anthropology* 19: 119-50.
- Latham, R. 1926. El culto al tigre entre los antiguos pueblos andinos. *Revista Chilena de Historia Natural* XXX: 125-136.
- Latham, R. 1928. *La alfarería indígena chilena*. Santiago: Sociedad imprenta y Litografía Universo.
- Leach, E. 1978. *Cultura y Comunicación: la lógica de la conexión de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI Editores. (Cambridge University Press, 1976).
- Levi-Strauss, C. 1994. *El pensamiento salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica, (París, Librairie Plon, 1962).
- Mariscotti, A. 1978 Pachamama santa tierra . *Indiana* 8 (número especial).
- Mostny, G.; Niemeyer, H. 1983. *Arte Rupestre Chileno*. Santiago: Serie El Patrimonio Cultural Chileno. Ministerio de Educación.
- Niemeyer, H.; Cereceda, P. 1984. Hidrografía. En *Geografía de Chile*, tomo I. Santiago: Instituto Geográfico Militar.
- Paskoff, R. 1993. *Geomorfología de Chile semiárido*. La Serena: Ediciones de la Universidad de La Serena.
- Reinhard, J. 1983. Las montañas sagradas, un estudio etnoarqueológico de ruinas en las altas cumbres andinas. *Cuadernos de Historia* 3: 27-62.
- Rodríguez, J.; Becker, C.; Solé, L.; González, P.; Troncoso, A. 1997. Algunas reflexiones sobre las poblaciones prehispánicas tardías del río Illapel. *Valles* N°2: 57-71.
- Rodríguez, J.; Becker, C.; González, P.; Troncoso, A.; Pavlovic, D. 1997. Ocupaciones prehispánicas en la cuenca del río Illapel. En *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (e. p.).
- Tilley, C. 1994. A phenomenology of landscape: places, paths and monuments. Oxford: Berg.
- Toro, M. J. 1996. El arte rupestre en el valle de Illapel. En J. Rodríguez (dir.) *Proyecto Arqueológico Río Illapel*. Ms. Santiago: Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología (CONICYT).
- Troncoso, A. 1998a. *El Período Intermedio Tardío en la cuenca del río Illapel: desarrollo y relaciones*. Memoria para optar al título profesional de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad de Chile. Santiago.
- Troncoso, A. 1998b. Arqueología del Asentamiento y la Cultura Diaguita en el valle de Illapel. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 26: 31-4.
- Troncoso, A. 1998c. Uso del espacio y estrategias de apropiación de la naturaleza durante el Período Intermedio Tardío en el valle de Illapel. En *Actas del 3er Congreso Chileno de Antropología* (e. p.).
- Troncoso, A.; Rodríguez, J. 1997. Cerámica Diaguita del río Illapel. *Noticiero Mensual del Museo Nacional de Historia Natural* 330: 3-7.
- Valdivieso, G. 1985. *Prospección arqueológica del curso medio y superior del valle del río Illapel*. Práctica Profesional. Departamento de Antropología, Universidad de Chile. Santiago.